



1.º de Marzo de 1917

Año VII.—Núm. 141

SUMARIO: Ilusiones y no desengaños, por A. Morales de Peralta.—Un año más, por Mateo Rubio.—Charlas cinegéticas: La caza de perdices con reclamo, por el Doctor Corral y Mairá.—Una montería afortunada, por El Capitán Mausser.—Los perros y el arte, por Plácido Soria.—El poeta y la pupilera, por Eduardo Zamacois.—Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos (continuación).—Mesa revuelta: Bibliografía. Clase de Esgrima en nuestra Asociación. Necrología.

(No se devuelven los originales.)

Ilusiones y no desengaños

Un reciente aficionado, á quien no tengo la honra de conocer, pero que me aseguran es socio de nuestra Asociación y actualmente Director de la Revista CAZA Y PESCA, ha publicado en el último número de nuestro órgano un artículo de fondo, muy meditado y ameno, en el que habla, lleno de pesimismo, de algo que ha tenido la habilidad de levantar mi pobre y decaído espíritu: de la Federación.

Con la mano sobre el pecho os juro que por un momento perdí la noción de las cosas y de los hechos consumados. Porque yo, tomándome el pulso, me decía: La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, ¿es la que reside en el núm. 10 de la calle de la Bolsa? Si es así, ¿de dónde he sacado yo que D. Gregorio Martínez López, iniciador de la idea, D. Celestino Tejado y el que éstas líneas escribe se juramentaron un día para tratar de llevar á feliz término la tan hermosa y necesaria Federación? ¿Dónde diablos he soñado que, seducido por tan colosal proyecto, me convertí en peregrino hasta caer en mi cruzada por provincias

vencido físicamente, aunque lleno de orgullo en la parte moral? ¿Quién me ha dicho á mí que, no una, sino muchas Asociaciones de fuera se adhirieron á la obra salvadora y, un poco más tarde, continuaron recibiendo otras adhesiones generales y particulares muy valiosas? ¿Quién me ha engañado haciéndome creer que en las Juntas celebradas por nuestra Asociación se dió cuenta de estos trabajos y hasta se leyeron unas bases provisionales de programa federativo y hubo elogios y entusiasmo y no desaliento y duda? ¿Por qué sé yo, finalmente, que en los archivos de Secretaría está todo esto y en la memoria de tantos compañeros lo demás?

Os confieso, cazadores, que padecí mucho ante los pesimismos exagerados que la buena intención del articulista puso de manifiesto y me costó no poco serenarme de nuevo y tener la lucidez necesaria para seguir interpretando lo que con sinceridad transcribo.

Bien sabe Dios que lo sabe todo, que no es un necio afán de vanidad ni mucho menos de exhibición el que me impulsa á

trazar estos párrafos, si no simplemente el deseo de cumplir con el precepto jurídico—que como abogado ilustre que es no ignorará el Sr. Dolz—de dar á cada uno su derecho.

La Federación existía desde mucho antes de que tuviéramos el gusto de ver al nuevo compañero entre nosotros; existía y alentaba con intermitencias; pero existía. Hable usted con los antiguos compañeros y se lo dirán. En provincias esperaban de nosotros, y esperan aún, y nosotros esperábamos de ellos y aún esperamos. Ellos y nosotros nos encontraremos al fin. Y mire usted por dónde, señor Director, he llegado al punto culminante, al motivo macho de mi articulejo: la fe.

Yo ya sé que usted no se parece en modo alguno á aquel sabio que decidido á inventar algo notable que hiciérale famoso, se encerró en su castillo roquero, del que salió al cabo de veinte años con un aparato curiosísimo que consistía en un palo de cuyo extremo partían unas varillas recubiertas de telas, las que, por un sencillo mecanismo, se extendían impidiendo al que lo pusiera sobre la cabeza mojarse en caso de lluvia. No; usted, excelente colega, ha encontrado más tarde la Federación y está, como asegura decidido, á cobijarla sobre su pecho y á darle calor y vida nueva; pero su impaciencia estrangula sus deseos. Ya se queja usted y pinta pavorosamente un cuadro que no debería—á mi pobre juicio—pintar, sobre todo acabado de encargarse de la dirección de CAZA Y PESCA, de cuya gestión tanto esperan y no sin motivo, los buenos aficionados.

Digno de toda loa es aquel que, como el Sr. Dolz, está animado de los mejores propósitos en favor de nuestra idea, amparándola con nobleza y defendiéndola con tesón; pero ¡ay! que los años tienen mucha fuerza y la juventud pocos años. Si á su voluntad de hierro hubiese puesto el articulista su muralla de optimismo, no sería yo ciertamente el que le importunara con estas filípicas. Pasaría por alto los reparos anteriores y sólo le regalaría frases de

elogio y ovaciones cerradas. Pero el mayor mal del artículo á que vengo refiriéndome, no está ahí sino en el desaliento, en el pesimismo, en el desengaño. En esto hace usted poco mérito á la edad en que todo debe verse de color de rosa.

Perdonable sería en nosotros, los veteranos, que, doliéndonos, lanzásemos catalinarias y sermones, confiando siempre en la enmienda y para hacer más fuerza aún; pero ustedes, los jóvenes!

Es preciso reflexionar un poco; es preciso darse cuenta de lo que significa CAZA Y PESCA fuera de aquí, y aun dentro; es necesario que se enteren de que el periódico es una prolongación de nuestra personalidad, somos nosotros en espíritu, que vamos á provincias á hablar con nuestros compañeros, á alentarles, á referirles nuestras impresiones y nuestras cuitas. Y si á ellos nos llegamos llorando á chorros y entonando un *de profundis* amarguísimo; si á ellos vamos rezando por el alma de la Federación, muerta antes de nacer; si á ellos corremos con la cabeza baja y las manos caídas, ¿quién será el valiente que vendrá á adherirse? «Eso está podrido», dirá. Y, ¡adiós campaña!

No, jóvenes; este no es el sistema. La Federación no está aún cadavérica; está dormida solamente. Además, la Federación ha comenzado á hacerse y se hará, pese á los que se obstinan en enterrarla, y tanto ella, como nosotros los de esta Asociación, estamos vivos, muy vivos, díganlo sino los proyectos de ley que salieron del seno de ella y que han triunfado en las Cámaras, y los que aún están camino de una pronta y satisfactoria resolución; díganlo nuestros amigos de provincias; díganlo, en fin, los que leal y noblemente quieran juzgarnos.

Lo que hace falta son campañas provechosas y no lamentaciones. Este año se han vendido inicuamente pájaros vivos y muertos, prohibidos y no prohibidos, con un descaro y una abundancia colosales; ¿y por qué? Pues porque las columnas del periódico, que en otra ocasión impidieron

el abuso, estaban ocupadas en decir á los de fuera que no servimos para nada, que no hacemos más que discutir y que no esperan nunca regeneración ni utilidad de nuestra parte. En una palabra, en enseñar la ropa sucia, que después de todo no es de nosotros por entero.

Optimismo, esperanzas, tesón, alientos y no suspiros y lágrimas, sino deseo de lle-

gar al fin perseguido. He aquí la mitad del camino andado, que la otra mitad se anda ella sola.

Y perdóneme usted, Sr. Dolz, si algo ha podido lastimarle al salir de su letargo á impulsos de su crónica reactiva este veterano cazador, optimista siempre.

J. MORALES DE PERALTA

UN AÑO MÁS

Para los que tenemos en cuenta la actual ley de Caza, próximo está el día que empiece la veda para algunas de sus especies, y no muy lejano que lo será para todas en general.

Un año más tenemos los cazadores en el haber de nuestra existencia, y un año menos en nuestro deber, puesto que va á pasar el año de caza; y, ¿para que ha servido? Ha servido quizá para organizar ó constituir Sociedades ó Asociaciones de cazadores con la capacidad y la fuerza que se necesita, para poner un dique al descuido que nuestros gobernantes y los cazadores todos tenemos por nuestro precioso *sport* cinegético. ¿No?

Ha pasado el año, como pasa la noche del que, cómoda y descuidadamente se acuesta en un blando lecho, y no despierta hasta el día próximo, restregándose los ojos como si durante la noche soñara cosas horripilantes.

Pasó el año con disgusto para los que sentimos verdadero cariño por nuestro *sport*, en él hemos visto existe menos caza que en los anteriores. ¿Esto puede continuar así? ¡No!

Sí, un año más, y nuestra ansiada Federación sigue sin adelantar un paso. Pero, ¿qué es lo que la detiene? ¿Por qué no anda? ¿Será porque se ha estado organizando un Cuerpo de guardería capaz de poder conseguir que sean respetadas las leyes de Caza y Pesca en todo su rigor? ¡No!

Este que llega será un año más de libertades para que los infractores de la ley sigan cometiendo toda clase de desmanes y destruyendo la poca caza que nos queda; sucederá este año esto, yo creo que sí, más vale que esté en un error, pero dejemos que el tiempo nos lo diga, y, *por desgracia para todos, se cumplirá lo que yo preveo.*

Yo digo: ¡Cazadores de buena fé, despertad del letargo que os hace vivir inconsciente y con tanta apatía, ante tanto atropello!

Despertad de una vez, para continuar la obra redentora de la Federación. Hagámosla los cazadores, puesto que las Sociedades y Asociaciones siguen padeciendo de una manera atroz de mudez y de sordera incalificables.

Ya que las Asociaciones duermen en el sueño de tranquilidad, hagamos todos un supremo esfuerzo, y prestemos nuestra adhesión individual á la Asociación general de Cazadores y Pescadores de España.

Con la mía pueden contar, que, aunque de ínfima importancia, es de todo corazón para esa gran Asociación que será á la que, en no muy lejano día, tengamos que dirigir todos los cazadores nuestras miradas, porque será nuestra salvadora, por ser la salvadora de nuestro *sport* cinegético.

MATEO RUBIO

Valladolid, 10 de Febrero de 1917.

CHARLAS CINEGÉTICAS

La caza de perdices con reclamo

I

Yo he sido invitado, estimadísimos lectores, por los ilustres cofrades, D. Francisco de Barduena y D. Raimundo Dolz, prestigiosísimos administrador y director de esta excelsa Revista, para que continuara mi interrumpida labor de *charlar de caza* en estas esclarecidas columnas; y placereado, hágolo, pero... con miedo, con atisbos de zozobra, porque sé que al charlar de mi caza favorita, *la de perdices con reclamo*, que es mi fuerte, mi pasión, mi vesania, habreme de captar las antipatías de aquellos de mis lectores, que abominen de tal usanza de caza; de los detractores que echan pestes de nosotros, los infelices, pacienzudos é inofensivos *puesteros*, *cuquilleros*, ó como se nos quiera llamar á todos los que metidos en el *tollo*, *puesto* ó *aguardo*, y con un buen reclamo de perdiz en el *tanganillo* ó *reperlero*, esperamos la entrada en plaza, horas y horas, de un par de perdices, para matarlas *con nuestra escopeta*.

Yo, de añejo ya, he sostenido sendas, pero correctísimas polémicas periodísticas, en *La Correspondencia de España*, con el malogrado marqués de Altavilla, y con el ilustre *spormant* y afamadísimo periodista D. Jacinto Martos; ellos, vapuleando de lo lindo á los *puesteros*, y yo defendiendo con golpes de razón á los que cazamos con reclamo las sabrosas gallináceas (pérdix).

Pero si me amedrentan los muchos detractores que tenemos, me alienta un poco la legión formidable de *cuquilleros* que en España somos; y esto da á mis repulgos y zozobras, bríos, energías y entusiasmos para demostrar: 1.º Que los que por *sport* cazamos perdices en puesto y con recla-

mo, no exterminamos, no podemos exterminar nunca, la hermosa raza perdicera ni en los terrenos vedados y acotados, ni en los terrenos libres. 2.º Que mientras un cazador volaterista, en puesto de ojeo, puede matar en un solo día, en buenos cotos, más de *cien* perdices, nosotros, los *cuquilleros* ó *reclameros*, no logramos matar ni la mitad de la centena en toda una entera temporada de celos (macho y hembra). 3.º Que, á mi sentir, las prohibiciones, trabas y obstáculos que la actual ley de Caza opone, para los que *reclameando* matamos perdices, es un contrasentido contra el sentido común; y 4.º Que si los malhadados artículos 18 y 19 del Reglamento de la actual ley de Caza se transformaran y modificaran en absoluto, redactádolos como yo tendré el gusto de minutear en otra *charla*, seguramente, evidentemente, el Tesoro tendría más pingües ingresos, por contribución de nosotros, los cazadores de reclamo, sin el más mínimo menoscabo, merma, ni destrucción de las perdices, que, fecundas, pródigamente, enormemente, pulularían por toda España, si la ley de Caza se modificase, apretando con férrea mano y sin contemplaciones caeiquiles, no á los *cuquilleros*, que no hacen daño mínimo, sino á los que cogen nidos de perdiz, y á los que cazan—dije mal—*roban* á estas aves, con luces y cencerros, con alares, con perchas, con horzuelos, con todas esas verdaderas malas artes, porque malas artes son todas las que se empleen para coger ó matar la caza *sin disparo de escopeta*, y nosotros, señores míos, matamos las perdices en el *tollo* ó *puesto*, con los disparos de nuestras escopetas.

¿Qué somos unos *asesinos*, porque atraemos á las pobres perdices al puesto, enga-

ñándolas con las dulcedumbres que les prometen los enamorados cánticos de nuestros pájaros-reclamos, para que en el momento preciso las matemos? Pues qué, ¿son unos *santos* y no tan asesinos como nosotros—que no lo somos ni los otros ni los unos—los que colocados en sus posturas, esperan que pasen volando por encima de sus cabezas los bandos de perdices, que, atemorizadas por el jaleo de los ojeadores, huyen volando del peligro ficticio del vocerío, para meterse inconscientes y *engañadas* en el peligro positivo de las escopetas que las esperan?

Pero, vamos por partes; tengo de esto mucho, muchísimo que *charlar*: propóngome demostrar con razonamientos escuetamente expuestos, todos los enunciados de que dejo hecho mención; anímame el

deseo de que éstas *mis charlas* se vayan por convicción adentrándose en el magín de nuestros detractores; y como para esto hay tela para rato cortada, de rigor y forzoso es que por hoy ponga punto—pues de lo malo poco—, no sea que mis pacientes lectores de CAZA Y PESCA, se vayan á quedar al finalizar la lectura de esta mi primera *charla*, con un palmo de *boca abierta*... por enorme bostezo de aburrimiento y no les quede ni humor ni ganas de leer las sucesivas. «El undécimo no estorbar» y «el duodécimo... no cansar».

Hasta otra próxima, pues.

DOCTOR CORRAL Y MAIRÁ

En la Sierra de Despeñaperros, á 14 de Febrero de 1917.

MONTERÍAS

Una montería afortunada

(EN MI CASA EL DÍA 25 DE ENERO)

—Señorito, ahí está *Matamoros*.

—¡Que pase!

—Hola, Juanete. ¿Qué traes de bueno? Saluda primero, pregunta por la familia, y dice:

—Que he visto hoy en «Peña Bermeja» los rastros de un jabalí que debe ser como un *oso*, por la *frélliga* que deja, y *pistas* de tres ó cuatro reses más, y vengo á decirse-lo por si quiere usted que vayamos á echarlos á *correr* mañana mismo, pues pongo la cabeza que los hemos de encontrar.

—Mañana no puede ser; tengo que ir con precisión á la capital y pedir á Arjona los perros de D. Rafael Muñoz Cobo, pues la reala de aquí está monteando, y no vendrá en unos días. ¿Estás seguro que se *encamarán* esos cochinos en «Peña Bermeja»? ¿No hay allí ganado?

—Capitán, los cochinos los encontramos allí seguramente. Tienen toda la dehesa levantada, y aunque hay ganado cabrío y lanar, tienen mucha comida en los rasos y no se meten en el monte. ¡Escuche usted si hay allí reses! Pasaba yo hoy por los bajos del río acompañado de *Lagarto*, cuando fijándonos en las hozaduras de los jabalíes, íbamos pensando en venir á decirse-lo á usted; pero al ver muchas *muestras* cerca de donde tienen el *hato* los cabreros, dijo *Lagarto*: «¿Si tendrán éstos algún cochino manso por aquí?» ¡No lo creo! ¡Estas son huellas de jabalí! Pero, vamos á enterarnos. Llegamos á uno de los pastores, que son de la provincia de Soria, y le dije: ¿Tenéis algún cerdo que haga estas hozaduras? «¡No, señor; son de los *jabalinos*! Hay por aquí más *jabalinos* que el demonio, y en cuanto anochece andan por todas partes y me tienen á los perros acobardados». ¿Pero los perros los corren por la noche? «¡Quiá! Ese mastín blanco que anda por ahí, los corrió

al principio una noche, pero algo le pasaría con los *jabalinos*, que ya no va tras ellos, y se contenta con ladrar en cuanto los siente, sin separarse de nosotros. Venga usted por aquí cuando haya luna, ya verá usted cómo mata algún *jabalino*!»

—Bueno, Juanete; mañana temprano me marcho y regresaré por la tarde. Ven por la noche á casa y acordaremos todo. Antes de irme escribiré á Arjona pidiéndole los perros y que vengan á dormir aquí para salir pasado, 27, á primera hora.

—Pues, buenas noches, y hasta mañana.

—¡Adiós!

Al día siguiente, al apear me del rápido, la primer noticia que recibo es que no hay perros, pues están monteando los de D. Rafael. La contrariedad es grande; llevo á mi casa, y á poco se presenta *Matamoros*.

—Mañana no tenemos perros, y yo no voy á poder tener libres por ahora más que un par de días, así es que tendremos que renunciar á ir á «Peña Bermeja». Como no sea que vayamos sólo con los cuatro zorreros míos... ¿Qué te parece?

—¡Que son pocos perros, y como los cochinos machos se encaman en cualquier parte, no se levantan mientras no se llegue á ellos y se les obligue, y en los *portillos* hay mucho monte, á lo mejor no tropezamos con ellos y perdemos el día!

—Pues bien, vamos á hacerlo así, y si no los encontramos, pasamos un día de campo. Busca tú dos hombres ágiles que entren á montar con mis perrillos; otro y tú como *escopetas negras*. Uno que se adelante de madrugada á avisar al guarda, para que á las ocho esté en el puente del Jándula, donde nos reuniremos.

A las siete del siguiente día, vistiéndome ya con los arreos de montar, recibo un telegrama para marchar á un asunto profesional, á treinta y tantos kilómetros por el lado de la campiña. ¡Toda la ilusión á tierra! ¡Hay que desistir de montar y mandar aviso al puente para que no esperen, y cada cual vaya por donde quiera! A medio vestir, con el telegrama en la mano,

leyendo mil veces las lacónicas frases, hasta que por fin, en medio de la urgencia del caso, vi que podía aplazarse la marcha hasta el otro día, mientras otros recibían de mí ordenes para llegar también al mismo lugar. Acabé de vestirme, escribí aquéllas, y dejando el desayuno sobre la mesa, ¡á caballo y á la sierra!

En el puente esperaban ya el guarda, los dos *batidores* y las dos *escopetas negras*, que, conmigo, el criado que me seguía y los cuatro perrillos, constituíamos toda la montería.

Caminando hacia los *portillos*, dijo el guarda: «Vamos á ir echando, aunque perdamos algún tiempo, unos *manchoncetes* que hay cerca del río, y que á veces los toman los cochinos.»

Llegamos al primero; se dieron instrucciones á los perreros y nos colocamos las cuatro escopetas, incluyendo al guarda. No salió nada. Cercamos el segundo (una media fanega de tierra), y á poco asomaron los *batidores* y los perros. Se introdujeron entre las matas, y en seguida salió el *bulterrier Florentino*, dando de parada y agarrándose á morder en seguida; levantando un buen jabalí á 20 pasos de los *jaleadores* y hacia ellos, tirándole uno un balazo que le dió en la cepa de la oreja y lo dejó sin vida. Acudimos al sitio, dejando á los perros que mordieran bien y repartiéndoles alguna carnaza.

Llegamos á otro *portillo*, ya de bastante extensión, y tan pronto soltaron los á perros dieron con otro cochino, que al salir de la *mancha*, seguido por aquéllos, fué muerto por *Matamoros* de dos certeros balazos. A los tiros y al escándalo del *agurre*, acudieron los mastines del ganado que se situaron á corta distancia de nosotros armando una algarabía infernal con sus ladridos, sin lograr alejarlos ni hacerles callar. Los perrillos habían vuelto, entretanto, con los *ojeadores*, y en seguida los trabucazos de aquéllos y los ladridos de la pequeña *realá*, nos indicaron que habían levantado otra res. La *ladra* se aproximaba; pero al sentir el jabalí perseguido la

conversación de los malditos mastines, cambió de dirección, y realizándose se fué por lo alto de la cuerda sin dejarse ver. Una hora estuvo tras él el *Florentino*, y cuando ya habíamos transportado la segunda víctima al lado de la primera y se estaban cargando gualdapreadas sobre la jaca de mi criado, regresó aquél á los requerimientos de la *bocina*, y nos dirigimos seguidamente á echar otro *ojeo* que estaba algo distante.

Hecha la *postura* á eso de las tres de la tarde, empecé á desayunarme, creyendo poder tener tiempo de tomar un bocado antes de que diesen con las reses. Pero no bien había empezado el armuerzo, tuve que apartarlo y empuñar el rifle, porque los tiros de los perreros, sus voces, y el *golpear* de los perrillos, me demostraron que habían dado con otra res, y debía venir en mi dirección. Efectivamente, los ladridos se aproximaban, y á poco vi doblarse unos grandes lentiscos, y apareció antes mis ojos un soberbio cochino, que á todo correr, cuesta abajo, y teniendo que atravesar varios claros, venía á pasar atravesado ante mi puesto.

Al salir del monte al primer claro, los efectos del sol en la res fueron de un efecto inolvidable; pues mientras el costado que presentaba parecía negro, así como sus orejas, las largas cerdas de su lomo que traía encrespadas presentaba un tono plateado, brillante, así como la cabeza, lo que le daba un carácter raro, pareciendo un jabalí blanco y negro, reluciendo como si acabase de bañarse. Este efecto de luz duró poco y continué viéndolo avanzar ya, con su pelaje corriente, y con la cara bastante canosa. Lo dejé cumolir, y al ponerse de través, le hice un disparo, dándole la bala maüser en el codillo, un poquitín baja, que le permitió correr un centenar de metros; pero antes de caer ya iban mordiéndole los perros, que le dieron alcance en cuanto aflojó su marcha al sentirse herido de muerte.

Después de destripado y de dejar cebarse en él la pequeña *jauría*, se llevó al

lugar donde estaban las bestias y los otros dos de su calaña.

Entonces fueron las dificultades para colocarlos en los caballos. Los tres pesaban mucho para llevarlos juntos; fué preciso atravesar dos en la jaca, utilizando para sujetarlos los ronzales de ambas caballerías y la faja de uno de los *batidores*, por haber cometido la imprevisión de no llevar cuerdas para ello. El otro, que era el más grande, se colocó sobre la silla de mi caballo, amarrándolo con las trabas y las acciones de los estribos, teniendo que efectuar el regreso á pie hasta la población; pero lo hice muy satisfecho por el resultado obtenido en tan poco tiempo, y con tan pocos *elementos*, y deseando se repita muchas veces el tener que ceder mi montura á uno de esos *caballeros*.

EL CAPITÁN MAUSSER

Andújar, Febrero 1917.



En los hermosos cotos de «La Peñuela», propiedad de los hermanos Costi, de Almodóvar del Campo, se ha monteado desde los días 7 al 13 de Febrero. La abundancia de reses en todas las manadas y muy especialmente en las de Gómez-Ibáñez, «El Ingenio», «El Pino» y «Puerto de Quejivares», unida á la esplendidez y agradable trato de los dueños de la finca, han proporcionado, á todos los que hemos tenido la suerte de ser invitados, unos días de satisfacción y alegría que no podemos olvidar nunca.

Desde que se soltaban las colleras hasta que declinaba la tarde, estaban los perros tras las reses. Las reales de los Sres. Porras, Almagro y Arias, trabajaron mucho y bien, y aunque el tiempo se mostró inclemente, y la puntería de los invitados dejó mucho que desear, se cobraron *once* jabalíes y *tres* hermosos venados, resultado insignificante si se tiene en cuenta que se dispararon más de *ciento cincuenta* tiros.

Satisfechos pueden estar los hermanos Costi, pues la abundancia de caza es consecuencia lógica del esmero con que la guardan y de lo bien que les secundan los guardas de la finca, hoy seguramente el mejor coto de la provincia.

Damos á dichos señores las gracias más expresivas por sus constantes deferencias, y les aseguramos que las monterías de «La Peñuela» han de hacer época en los anales de la caza mayor.

A. A.

LOS PERROS Y EL ARTE

Al ilustre prócer, Presidente de la Asociación de Cazadores y Pescadores de España, le ofrenda estos comentarios un modesto cazador de ratones de archivos.

A la maravilla inmarcesible de los pinceles velazqueños fuele dado el plasmar en lienzos inmortales el alma de la raza de antaño, al igual que á la paleta maga del sublime sordo de Fuendetodos, D. Francisco de Goya y Lucientes, cúpole la gloria de hacer vibrar el encanto del siglo XVIII al retratar las más españolas costumbres de sus coetáneos.

Nada hay tan español y tan madrileño en arte pictórico, como esos cuadros que tienen por fondo los encinares de El Pardo, y á lo lejos, esfumadas como un ensueño, las crestas del Guadarrama, cuyas agujas parecen clavarse en el azul infinito, diríase al verlas que son pliegues de un manto que pende del cielo hasta arrastrarse por la meseta castellana. Así representará la sierra en las pinturas de Goya y Velázquez.

Siete Picos, La Maliciosa y Cabezas de Hierro, como catedrales de la serranía, asoman sus poéticas molicies dando guarda á las figuras que el arte por manos diestras enjoyó, para ser páginas áureas de un libro donde leemos la historia de egregios personajes de la corte felipesca y del pueblo infeliz que en la plazuela de la Cebada, ante un patíbulo, gritaba: «¡Vivan las caenas!», y también supo defender á navajazos la independencia de la patria, en la inmortal mañana de un Dos de Mayo, bajo la sublimidad del arco de Monteleón.

En esos cuadros, gloria de la pintura hispana, ¿no habéis notado la quietud espiritual, cabe la frase, de unos perros?

Si el perro, símbolo y realidad es de lealtad, en tales obras parece representar al pueblo. ¿Por qué?

A través de los trazos y del colorido he escrutado el pensamiento de Goya y Velázquez, y he comprendido, al conocer la historia de los personajes por ellos retratados, la verdadera significación de los perros que á su lado figuran.

Ante *Las meninas*, el perro que aparece echado denota la confianza que le inspira la Infanta y su cohorte; y, sin embargo, este mismo perro que pintó Velázquez en el retrato de Felipe IV en traje de caza, tiene un gesto de inquietud que contrasta con la indiferencia de su amo, más atento á las fiestas cortesanas que á los cuidados del pueblo. ¿Acaso la actitud de este perro no fué una ironía del pintor?

He cotejado el cuadro del Rey Felipe IV con el del Infante D. Fernando de Austria, su hermano; el del Príncipe don Baltasar Carlos y el del enano D. Antonio *el Inglés*, y en todos éstos los perros no reflejan la desconfianza que revela su coevo. ¿Fué capricho ó intención del artista? Yo he pensado en lo último al contemplar los de Goya.

El caso del perro citado se repite en el retrato de Carlos IV; y, sin embargo, en el

de Carlos III observo que el *can* está echado, delatando tranquilidad. ¿Recordáis la anécdota de este Monarca acerca de una encina de *El Pardo*?

Cerca del Real Sitio de El Pardo, entre el primero y segundo puente, erguía una majestuosa encina venerable, que simbolizó el alma de tres reinados y conquistó el amor de un Rey.

Al construirse el camino que va desde Madrid á El Pardo, indicó Carlos III que se derribaran pocos árboles. Por este sabio mandato salvóse la encina que inspiró una famosa frase, en la que, acaso sin pensarlo, profetizó el reinado infeliz de sus descendientes Carlos IV y Fernando VII.

Es histórico que al pasar Carlos III ante su árbol protegido, exclamaba: «¡Pobre arbolillo! ¡Quién te defenderá después que yo muera!» Y mientras la carroza regia se iba alejando de aquel paraje, la mirada del Rey no se apartaba del «pobre arbolillo», hasta que una revuelta del camino ocultábalo á su vista, y más de una vez un suspiro perdióse en el encinar.

Murió Carlos III, y más tarde cayó la encina, como cayó el trono con tanto tesón defendido por aquel Rey, de quien se ha dicho que con Isabel la Católica hubieran hecho la mejor pareja de Reyes del mundo.

¡Pobre encina! La debilidad de otro Rey abatió aquel tronco secular donde fijóse la bondad de Carlos III, y el árbol que pudo inspirar á un poeta un poema gigantesco, ardió en una fogata que con él hicieron los leñadores, después unas cenizas que arrastra el viento, y luego, nada...

Goya no ignoraría esta anécdota, y sabido es que en sus retratos procuró satirizar á sus modelos; sólo el tercer Carlos escapó á la ironía de sus pinceles. ¿Comprendéis ahora el significado de los perros en esos cuadros?

Y la prueba evidente de que Goya valióse de los perros en sus cuadros para expresar sus burlas, la hallaréis en casi todas sus obras. En el de «La riña de la Venta Nue-

va», uno está á punto de morder á un majo, mientras otro sentado contempla á su compañero; en el de «El cacharrero», un perro duerme á la vez que una carroza pasa á su lado; en el de «La acerolera», dos perritos la siguen, y en el de «La cometa», otro está echado mientras los majos se divierten. Todos significan el estado de espíritu de los tipos pintados.

En el de Carlos III, es el pueblo que tiene fe en su Rey; en el de Carlos IV, es la desconfianza; Goya lo da á entender claramente, y conociendo la Historia se comprende.

El retrato de cuerpo entero de la Duquesa de Alba corrobora mi observación. En él vemos que ella señala al perrito habanero que está á su lado, y todos sabemos que D. Francisco firmó varios «Caprichos» con ese perro, tan querido de la dama y tan estimado por el pintor protegido por ella, como lo fué por la de Benavente.

«La nevada», «La merienda», «El columpio», «El cazador», también tienen perros significativos, que por su rudeza contrastan con «El perro volante», «Un perro nadando», y son los colocados en dos retratos de señoras desconocidas, en los que se ven dos perritos iguales al de la Duquesa de Alba. Son ellos como el perfume galante que tanto gustaba á sus dueños, cuando, bajo las frondas de la Real Florida, el pueblo extendía sus rojas capas á su paso en ofrenda á su democracia y fraterna.

En el arte ocupan un lugar preferente estos perros, de quienes la crítica no se ocupó, siendo ellos, acaso, donde el pintor ocultó su flagelo ó su caricia. Fina ironía que volteaba bajo la bóveda del cráneo artista, como pájaro azul preso entre las mallas y redes de la etiqueta cortesana. Sátira que no comprendieron los burlados y que saborearon en silencio Goya y Velázquez, y que el tiempo nos ha revelado para que admiremos la grandeza de los dos genios españoles.

Sólo el arte con su severidad puede producir la carcajada ante una burla sin bur-

la. La risa del silencio, que es como la buída punta de un puñal que llega al corazón, y cuando la sentimos, la muerte nos

ahorra el dolor de la carne desgarrada por ella.

PLÁCIDO SORIA

EL POETA Y LA PUPILERA

C U E N T O

A juzgar por el título, lo que voy á escribir más que un cuento parece una fábula; así es, en efecto, pues la historia tiene su moraleja; moraleja que, por ser exclusivamente irónica, ha de antojársele á muchos demasiado humana..

Un poeta americano, á quien llamaremos D. Ismael; un buen mozo sencillo y confiado, cuya cabeza enmelenada, dulce y pensativa, podría adornar la cubierta de un libro de Murger, llegó á Madrid, nueve ó diez meses hace, sin dinero y sin ropa. Venía á vernos.

Durante este tiempo, D. Ismael no ha editado ningún libro, no ha entrevistado ninguno de los autores en boga; ni siquiera intentó que los periódicos publicasen su retrato. ¿A qué causas deberíamos referir tan interesante retraimiento? ¿A timidez juvenil? ¿Acaso á prócer desdén de las mudables vanaglorias humanas?...

Enigma. Lo cierto es que este silencioso poeta americano—el único poeta americano que hemos conocido—después de pasar varias tardes en el Ateneo, de conocer el Museo del Prado y los merenderos de la Bombilla y de aprenderse de memoria la Puerta del Sol, parecía feliz.

Al principio, no sabemos cómo, D. Ismael consiguió pagar su hotel. Cuando estos recursos misteriosos se agotaron, el poeta de las melenas de león y de los ojos niños, llamó á su pupilera para decirle poco más ó menos:

—Señora, no se apure usted; aunque usted me vea sin equipaje, sin tabaco y hasta sin guantes... que es una de las faltas que

más pueden afligir á un artista... no dude de que, tarde ó temprano, yo he de abonarla puntualmente cuanto la deba. Yo espero *una letra* de mi país. ¿Vendrá hoy? ¿Vendrá mañana?... Lo ignoro. Pero vendrá. De esto sí respondo: vendrá. Ya sabe usted que todos los americanos tenemos suspendida sobre las olas del Atlántico una letra.

En estos términos sencillos y honrados habló don Ismael, y su pupilera, castellana y vieja, le creyó á pie juntillas. Hizo más la pobre mujer: llegó á cobrarle afecto; le repasaba los calcetines, y cuando le veía trasnochar le regañaba maternalmente. Transcurrieron los meses: uno, dos, cinco, muchos... y don Ismael vivía tranquilo y hasta engordaba, gracias á su cachaza y á su pupilera. ¿Sabe nadie el milagro que supone vivir en Madrid sin dinero y, sobre todo, sin ropa?...

Al cabo, cuando ya al poeta comenzaban á triársele los fondillos del pantalón, llegó *la letra*, la famosa letra de la cual sus compañeros de posada hablaban ya como de «un príncipe azul». Ni valdría menos de quinientos duros. Entonces don Ismael se plantó en la cocina donde su pupilera se hallaba guisando, y la dió un abrazo.

—¿A cuánto asciende mi cuenta, señora?

—A mil doscientas pesetas, don Ismael.

—Pues tome usted mil quinientas, en testimonio de lo mucho que agradezco sus buenos servicios, y dispónganse, usted y

su familia, á pasear esta noche en automóvil.

Cuando el poeta concluyó de referirme la escena, esperó mi aplauso.

—¿Qué le parece á usted?—dijo—; ¿verdad que he hecho bien?

—¡No, señor!—exclamé indignado—; todo lo contrario; me parece que ha hecho usted una barbaridad; esa pobre mujer no merecía un golpe así.

Don Ismael estaba asombrado, creía que yo hablaba en paradoja. Proseguí:

—Engañando á esa pupilera, que es, indudablemente, una excelente persona, la hubiese usted enseñado á desconfiar, y no sabemos el dinero que puede producir una desconfianza bien administrada. La decepción sufrida con usted la hubiese servido de vacuna contra el costosísimo virus de la credulidad. En lo sucesivo, cuando algún huésped moroso hubiera solicitado una tregua para saldar sus cuentas, ella, dolorosamente aleccionada por usted, respondería: «No, señor, imposible; y voy á decirle por qué: Hace tiempo tuve yo aquí un señor americano, un verdadero caballero, «mejorando lo presente», que después de estarme tranquilizando con palabras bonitas cerca de un año, se marchó á su tierra sin pagarme dos reales. Desde entonces juré no fiarle á nadie ni el importe de un almuerzo»...

Advertí que mis palabras emocionaban amargamente á D. Ismael, y continué:

—Mientras que ahora, alucinada con «la criminal honradez» de usted, no tendrá reparo en abrirle crédito á todo el mundo; el recuerdo de usted servirá de salvaguardia y escudo á cuantos hampones lleguen á su mesa; usted será como ese «premio gordo» por el que se arruinan muchos jugadores á quienes la suerte favoreció una sola vez. ¡Ah, no lo dude usted! Esa señora, el tiempo andando, morirá en la miseria, y usted habrá tenido la culpa...

Y es cierto, lector: aunque todo lo que acabo de referir te huela á burla y paradoja, la filosofía ó moraleja de mi historia es tal como la he dicho.

¿De qué asombrarse? ¿No nace la aurora de la noche? ¿No se convierte la podre en flor adorante?...

Lo mismo acontece en esta confusa vida humana: todo en ella marcha del revés.

Obra mal y triunfa, y cosecharás plácemes; haz bien, como D. Ismael, y posiblemente, de tu bondad, á la larga, se derive un gran daño.

EDUARDO ZAMACOIS

De *El Pueblo*, de Granada.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACIÓN)

Cañones agolletados ó choke-bored.

CAÑONES AGOLLETADOS Ó CHOKE-BORED.
—Pasando por alto las discusiones relativas al origen de este admirable perfeccionamiento, y dejando á un lado la descripción de los dispositivos de Marolles, Mellor,

Smith, Moberly y otros que, á partir de las postrimerías del siglo XVIII, se ocuparon del mayor rendimiento del tiro de caza, citaré el hecho concreto de que en 1875 se llevaron á cabo los primeros ensayos de los cañones agolletados, presentados por el eximio constructor W. W. Greener, que

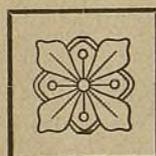
con un calibre 12 de 3,175 kilos de peso colocó 210 plomos del número 6 en un círculo de 0,76, valiéndose de la carga normal de 5,30 gramos de pólvora.

Los aficionados no se dieron á capítulo ante las aseveraciones del periódico deportivo *The Field* que dió la noticia, y confiaron á uno de sus redactores el trabajo de comprobar el resultado obtenido, de tal modo sorprendente y de importancia extraordinaria para la fabricación de armas de ánima lisa. El cómputo de las ex-

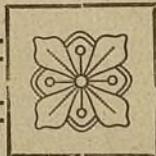
periencias del perito arrojó un promedio todavía mayor, pues sumó 220 plomos en las condiciones enunciadas.

Largas discusiones públicas y la enemiga de diversos fabricantes movió á aquel periódico á llevar á cabo un concurso al que acudieron 33 armeros con 68 escopetas, adjudicándose el primer premio á W. W. Greener, cuyo calibre 12 dió un promedio de 214 perdigones contra 182 que alcanzó el más aproximado al vencedor.

(Se continuará)



Mesa revuelta



Hemos recibido del presidente de la Sección de Plagas del Campo el primer número del *Boletín de divulgación del Consejo provincial de Fomento de Barcelona*, cuya obra es muy digna de conocerse, sobre todo por los agricultores, ya que en ella y de mano maestra se trata del modo de combatir las enfermedades de las plantas, que son causa de las pérdidas de las cosechas; al mismo tiempo se ofrece para analizar abonos minerales y productos insecticidas y criptogámicos, tan expuestos á falsificaciones en perjuicio de la agricultura.

Mucho agradecemos tan señalada atención, y muy gustosos aceptamos el cambio que nos brinda.

CLASE DE ESGRIMA EN NUESTRA ASOCIACIÓN

En el salón principal del local que tiene en esta corte nuestra Asociación General de Cazadores y Pescadores, se ha instalado una «Academia de Esgrima», cuya dirección y enseñanza corre á cargo del notable tirador y reputado maestro D. Pedro Carbonell.

Las clases darán principio en los primeros días de Marzo, y las horas de Academia serán de nueve y media de la noche en adelante; la matrícula, con lección diaria, son 15 pesetas mensuales, siendo requisito preciso para inscribirse, dado lo exiguo de

los honorarios, ser socio ó hijo de socio con seis meses de antigüedad.

Con este motivo ha quedado suprimida por ahora la cuota de entrada en la Asociación.

NECROLOGIA

Ha fallecido en Villamarchante el excelentísimo Sr. D. José Ramón Vallejo, Teniente coronel retirado del arma de Caballería, padre de nuestro querido amigo y suscriptor de esta Revista D. José Ramón Terán.

A la honda pena que aflige á su atribulado hijo, unimos la nuestra muy sincera, deseándole de todo corazón la resignación necesaria para soportar tan tremenda desgracia.

★

Tenemos que lamentar otra baja en el círculo de nuestras amistades: D. Félix Martín Otaño, socio de nuestra Asociación y buen amigo de todos, ha rendido tributo á la muerte.

Tanto á su viuda como á sus hijos y padre, les enviamos la expresión sincera de nuestro hondo sentimiento.

Se ofrece guarda para campo, casado, de 45 años: Enrique Plaza. Informes en esta Asociación general.

Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6